

AMOR Y GUERRA



erein

biblioteca

RAMON SAIZARBITORIA

AMOR Y GUERRA

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

1.ª edición: Octubre de 2015

Título original: *Bihotz bi*

Diseño e ilustración de cubierta: Juanba Berasategi

Maquetación: Erein

© De la traducción: Bego Montorio

© Ramon Saizarbitoria

© EREIN. Donostia 2015

ISBN: 978-84-9109-050-2

D.L.: SS-1246/2015

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300 F 943 218 311

e-mail: erein@erein.eus

www.erein.eus

Imprime: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

T 943 835 008 F 943 130 822

e-mail: itxaropena@itxaropena.net

www.itxaropena.net

AMOR Y GUERRA

RAMON SAIZARBITORIA

Traducción de Bego Montorio

Este libro fue galardonado en 1997 con el premio Nacional de la Crítica

ere in



biblioteca

RAMON SAIZARBITORIA

Mi mujer se llamaba Flora. Decidí matarla el día en que, recogiendo el camisón en la cintura, se me sentó a horcajadas y me pellizó las tetillas con la intención demasiado evidente de complacerme.

Para entonces, por supuesto, ya sabía yo que me había engañado, pero no creo que fuera ése exactamente el motivo que me decidió a matarla, quizá porque sigo considerándome un racionalista y me cuesta admitir que algo tan natural como el desahogo sexual de Flora me indujera a concebir tan radical y desmesurado propósito.

Samuel solía tomarme el pelo tachándome de enciclopedista, no sólo porque me dedicaba a vender enciclopedias, que también, ni porque me hubiera aprendido de memoria numerosas definiciones, sino porque estimo que el Conocimiento y la Razon son las cualidades más nobles del ser humano, las que deberían guiar nuestra conducta por encima de instintos y sentimientos.

Si, en lugar de comportarme de forma tan racional cuando descubrí el engaño de Flora, le hubiera señalado la puerta y, sin darle la oportunidad de hablar, le hubiera dicho: «Cariño, lo nuestro ha terminado, no hay sitio para la mezquindad en esta casa», quizá no hubiera tenido que tirarla por la ventana. Pero probablemente pensé que podría ahorrarme una salida irracional de tipo teatral e intenté convencerme de que follar es algo natural, una simple necesidad fisiológica. «*Il faut bien que le corps exulte*», dice el refrán francés, o sea, que al cuerpo hay que darle alegría, y, ya se sabe, los franceses son muy racionalistas, además de expertos en cuestiones de cama. Pero, claro, la cuestión es que yo no soy francés.

No sé por qué lo menciono; no le he visto más que una vez en mi vida y luego, más tarde, en la fotografía que me enseñó el juez, pero ya muerto. Tampoco sé cómo apareció por Hambre, que no es más que una sidrería oscura y cutre, por más que cuente con un magnífico piano Pleyel. Ni yo mismo sabría su nombre si no fuera porque Samuel y los demás tienen la costumbre de reunirse allí. Y, bueno, Cerdán es de los que se peinan el cabello hacia atrás, liso y reluciente, con rizos en la nuca. Alguien comentó que era miembro de una familia aristocrática de Madrid, de esas que tienen muchos caseríos por esta zona. Según Nicolás, como los alquileres no les dan para vivir, esa gente se venga de los inquilinos prohibiéndoles cualquier tipo de mejora. Cerdán contestó que no, que él ni tan siquiera sabía dónde estaban los caseríos de su familia, y no resultaba difícil creer a aquel tipo cuando decía que ignoraba dónde estaban las cosas.

Por lo visto, la mujer que lo engañó también era de por aquí, al igual que los caseríos, y, como seguía enamorado, venía

siempre que se le presentaba la ocasión para sentirse más cerca de ella. La mujer, por su parte, le escribía cartas en papel perfumado con esencia de violetas, pidiéndole perdón y manifestándole su deseo de volver a vivir juntos. Cerdán, sin embargo, afirmaba que perdonar la infidelidad era imposible. Cuando supo que lo engañaba, señaló la puerta y, sin darle la oportunidad de pronunciar palabra, le dijo: «Cariño, lo nuestro ha terminado; no hay sitio para la mezquindad en esta casa».

Me hubiera gustado poder hablar más con él, pues esos temas no eran habituales entre nosotros, pero, después de lo que dijo Nicolás —es decir, lo que aquella gente les hacía a los inquilinos, etcétera—, sabía que los demás no entenderían mi consideración hacia él. No obstante, le comenté que su comportamiento me parecía bastante necio y que tendría que perdonar a su esposa porque, en último término, copular no es más que una necesidad fisiológica; igual que comer o beber, una mera exigencia corporal. «*Il faut bien que le corps exulte*», le dije, y también lo de los franceses, que saben mucho de cuestiones de cama. Él, sin embargo, a pesar de asentir con la cabeza mientras yo hablaba, pues el pobre era uno de esos borrachos simpáticos que te dan la razón en todo lo que dices, se encogía de hombros y reflejaba en su rostro una inmensa pena, al responder que le resultaba imposible, ya que su esposa le había engañado, y que yo no podría entenderlo. No sé por qué pensaba eso, si porque no soy aristócrata o porque Flora no me había puesto aún los cuernos.

Cuando Flora adornó mi cabeza con un par de cuernos, hacía ya tiempo que había cumplido los veinte. «Me has tenido abandonada», me dijo. Cuando entró en casa serían las ocho de

la mañana –yo le había estado esperando hasta las cuatro o las cinco en el portal–; al pasar por delante del salón se fijó en que las botellas estaban vacías y los ceniceros rebosantes, pues se detuvo un instante, como dudando, en el umbral de la puerta, y luego continuó hacia nuestro dormitorio. Se sentó al borde de la cama, con los codos apoyados en las rodillas y la barbilla entre las manos. Se quedó en esa postura y parecía un cuadro de Hopper, una mujer sentada en el borde de la cama, con las manos vacías; la viva imagen de la desolación.

También yo me sentía desolado. Nunca me he sentido tan desolado como cuando me detuve junto a la puerta de nuestro dormitorio. Me acerqué a ella y le puse una mano en el hombro. Fue un gesto tierno por mi parte. Sin embargo, no sé hasta qué punto fue sincero; reconozco que quizá tuviera un cierto toque teatral –la falsedad de haberlo realizado de forma consciente–, pero quería ser tierno. «Me voy», dijo, también ella con ternura.

A pesar de haber hecho grandes esfuerzos por conseguirlo, no logro recordar con precisión qué sucedió después. Recuerdo lo que dijo; sé, por ejemplo, que repitió «Me voy» y, más tarde, «Dios mío, qué desgraciada soy», exclamándolo también dos o tres veces. Pero no sé cuándo, en qué momento, realizó esas afirmaciones ni otras como, por ejemplo, «Por favor, no me arruines la historia», que aún me resultan oscuras. Seguramente eso me lo dijo después de darme el nombre del tipo: «Por favor, no me arruines la historia»; y el nombre, por supuesto, me lo dio porque yo se lo pedí. Luego dijo: «Todavía no me he lavado».

Evidentemente, fue tras ese «Todavía no me he lavado» cuando la tumbé sobre la cama con intención de poseerla, respondiéndole que no me importaba, y es que no sabía a qué se

refería, al menos no exactamente, y en realidad no creo que me importara mucho, ya que estaba confundido o, por decirlo con precisión, en ese punto álgido de la fase maníaca que sucede a una fase depresiva. «Me da igual», le respondí, mientras la hacía mía fogosamente.

Pero, como he dicho, primero le puse una mano en el hombro. Sin decir nada, yo no tenía nada que decir o me parecía que lo más adecuado era callarse, y ella repitió «Me voy», mientras me miraba con ojos dulces. Después, si no me equivoco, me arrodillé ante ella con las manos apoyadas en sus rodillas, para preguntarle quién era el otro. Fue una orden, con un toque de súplica quizá. Creo que no tuve que repetírsela. Al contrario, yo diría que el deseo de hacerme aquella confesión venía de lejos. Y, cuando me dio el nombre —«Adolfo», agachando la cabeza, con un hilo de voz—, a pesar de no conocerle, supe inmediatamente a quién se refería.

De hecho, incapaz como es la gente de ocultar el afecto, me había hablado ya —con un toque de desprecio, para disimular, pues, como es lógico, no podía mostrarse indiferente o neutra— de alguien que, como ella, era profesor en el Conservatorio de Música; él daba clases de acordeón en el conservatorio nuevo, el de la calle Urdaneta —Flora, en cambio, enseñaba piano en el de la calle Easo—, y le había propuesto que lo acompañara en los conciertos. «Imagínate, un piano y un acordeón», me dijo entonces, «no está bien de la cabeza». Al parecer la había invitado porque los dos instrumentos son polifónicos y, además de eso, pude saber que, a diferencia de mí, tenía el pelo negro, abundante y rizado. No creo que aquella primera vez mencionara su nombre.

Pero más tarde, cuando agachando la cabeza confesó «Adolfo», supe inmediatamente que era el acordeonista. Así que le pregunté: «¿El acordeonista?», y, tras responder que sí, dijo: «Por favor, no me arruines la historia». Fue entonces cuando lo soltó, seguro. En aquel momento no supe de qué estaba hablando y no se lo pregunté. Sin embargo, más tarde le he dado muchas vueltas a ese «No me arruines la historia», que dijo con gran solemnidad.

Para entonces ella estaba ya en pie. La cuestión es que, en un momento determinado, en pie junto a la cama, miró hacia lo alto del armario, como dando a entender que estaba a punto de coger la maleta y marcharse. No sé cuándo le rogué que no me abandonara, pero, cuando lo hice, utilicé un tono grandilocuente; «No me abandones», dije. Y ella, «No te dejaré», como subrayando mi inclinación melodramática. Pero, cuando la cogí por los hombros, agachó la cabeza para decir «Qué desgraciada soy», también ella un punto grandilocuente. Después nos abrazamos; la abracé con pasión, feliz de tenerla junto a mí. Nunca hubiera pensado que me sentiría tan feliz. Ella, en cambio, sobre todo al principio, respondió con frialdad, como si sus brazos fueran postizos, triste porque volver a mí representaba abandonar un viaje al sur que había programado.

Así lo recuerdo ahora. Luego, al hacerla mía sobre la cama, fue cuando dijo: «Todavía no me he lavado».

–Me da igual –respondí yo.

No me importaba o quizá fuera mejor decir que no sabía de qué estaba hablando. Lo que ella quería decir, evidentemente, es que tenía todavía el esperma de aquel tipo, pegajoso como

un moco, suspendido de sus trompas de Falopio. Alguien como el tal Adolfo hubiera dicho: «Cubierta aún por las caricias del otro».

Al anochecer la llevé a Hambre, como cuando éramos jóvenes. De jóvenes, Flora y yo íbamos mucho a Hambre. Cuando éramos jóvenes y hermosos. Ella, sobre todo, era joven y hermosa. Y robusta. Samuel solía decir que parecía una muchacha de una romería de Arteta y ese comentario me llenaba de orgullo.

Hambre no está lejos de la ciudad y, aunque parece un lugar miserable, allí sirven algunas cosas muy buenas, sobre todo los huevos con chorizo. Además, estaba el piano, que, a falta de algo más útil, le había dejado en herencia a la abuela la señora de la casa en la que había servido y que la familia, aunque fuera de gran valor, no quería vender, pues las herencias hay que guardarlas. A Flora le gustaba mucho porque, según decía, tenía un «sonido aterciopelado», «envolvente», pero también le gustaban mucho los huevos con chorizo, y a Samuel aún le gustaba más ver cómo los comía.

Samuel. Samuel podía ser nuestro padre y nunca comía nada. Aunque en ocasiones, por acompañarnos, pidiera unos huevos, apenas rasgaba la membrana, untaba una punta del pan y apartaba el plato. Nos miraba comer, como si con eso le bastara. Tenía la piel curtida, como un marino, y la cabellera abundante, peinada hacia atrás, totalmente blanca. Entonces y ahora; de hecho, desde que lo conozco, y hace ya veinte años, su aspecto no ha cambiado.

Quizá cuando salió de la Escuela de Guerra de Bilbao, con el grado de teniente, tendría ya el pelo blanco, peinado hacia

atrás, y la piel curtida. Seguramente fue un hombre atractivo, guapo, y todavía lo es, con ese aspecto socarrón que suelen tener los verdaderamente guapos. A Flora —es decir, a mi esposa, a mi difunta esposa, hablando con propiedad— le parecía un hombre interesante, aunque, como a todos los solterones, lo encontraba egoísta y descuidado.

En Hambre solía estar acompañado de gente de su edad, normalmente tres hombres y una mujer que parecían muchísimo mayores, y se sentaban siempre en la misma mesa, la más amplia del bar, en el rincón de la derecha, bajo una gran cabeza negra de toro disecada. El toro desapareció una vez que pintaron el local, y ni siquiera el hijo del dueño sabe a dónde fue a parar. Tengo que preguntar a Samuel si sabe qué pasó con él. Samuel, y al menos en eso no se parece a mí, se acuerda de todo con una increíble precisión.

Samuel y los demás contertulios casi no hablaban. Parecía que ya se habían contado sus vidas, o que pensaban que, ya que habían mantenido su amistad hasta entonces, no merecía la pena ponerse a hablar y romper aquel vínculo por cualquier tontería, como le sucede a tanta gente, pues expresar las ideas propias entraña siempre el peligro de crear desavenencias.

Eso es algo que Flora y yo no supimos hacer, ya que aprovechábamos la más mínima ocasión para ponernos a discutir. Estoy seguro de que si supiera lo que estoy diciendo ahora, me respondería: «Tampoco nos enfadábamos tanto» y, en el hipotético caso de que yo le diera la razón, diría que se la daba igual que a los locos. Si, por el contrario, mantuviera que sí, que discutíamos con frecuencia, me espetaría: «Aún te diré más: no creo que nos enfadáramos nunca verdaderamente». Eso es lo

que solía decir: «Aún te diré más», como si con ello reforzara efectivamente sus argumentos.

No siempre había sido así, evidentemente. Todavía recuerdo cómo, el día en que nos conocimos, cuando me dijo su nombre —«Flora», dijo—, yo añadí: «Flora, entre los antiguos romanos, diosa de todo lo que florece». Saber cómo hablar por primera vez a las mujeres es un arte; o lo tienes o no lo tienes, y yo domino ese arte. Ella me respondió: «Qué interesante, nadie me había dicho nunca nada tan hermoso sobre mi nombre».

Pero después empezó a llevarme la contraria en todo; para reforzar su identidad, creo yo, pues pensaba que para ser intelectualmente independiente tenía que mantener una opinión contraria a la mía. Le daba igual que lo que yo dijera fueran comentarios objetivos extraídos del Diccionario Enciclopédico; al final, acabaría diciendo: «Aún te diré más: también los diccionarios enciclopédicos dicen muchas tonterías».

No llegamos a aprender, en diez o quince años, no sé exactamente cuántos fueron, y también por eso, porque no recordaba nuestra fecha de matrimonio, tuvimos alguna que otra discusión; yo le decía que no me acordaba porque tenía mala memoria, y ella, por su parte, creía que era porque no me importaba. El caso es que, como estaba diciendo, después de haber pasado tantos años juntos, no logramos aprender cómo llegar a un pacto que nos permitiera llevarnos lo mejor posible lo que nos quedaba de vida, tal como habían hecho Samuel y los demás, aunque seguramente ni fueran conscientes de ello.

Normalmente Samuel solía estar con tres hombres y la mujer de uno de ellos. El matrimonio eran Benito y Claudia. Claudia casi no tenía nombre, pues no solíamos hablar con ella.

Tiene la piel muy blanca, casi traslúcida, y los ojos verde claro, del color de los mares del Sur, o como las esmeraldas, no lo sé; que cada cual piense en el verde más claro que haya visto: de ese color son los ojos de Claudia. Es una mujer muy alta; hermosa, a pesar de haberse marchitado. En cierta época solía estar siempre frente a la mesa con las manos en el regazo, y no se sabía cuándo vaciaba el vaso. Había que mirarla con mucha atención para poder sorprenderla en ese movimiento.

Inclinaba la cabeza hasta tocar el borde del vaso con la boca y luego se echaba hacia atrás, llevándolo pegado a los labios, para vaciarlo de un trago. El vino jamás se le atragantaba. Ahora es Benito quien le pone el vaso entre los labios –no sé con qué frecuencia, pues nunca me he tomado la molestia de contarle– y la mano bajo la barbilla, para recoger, de paso, lo que se le cae por las comisuras mientras le levanta la cabeza para que trague, y Claudia consigue, todavía, hacerlo sin ahogarse, aunque el Alzheimer haya convertido la materia de su cerebro en corcho.

Al final ya no hablaba. Tampoco antes hablaba mucho, pero sí algo más; en cierta medida porque se sentía obligada a explicar, no sólo sus comentarios, sino también los de su marido, los de Benito, pues Benito no sabe euskera, aunque Claudia nos decía que no se le escapaba ni una palabra. Decía que no nos preocupáramos, que podíamos hablar tranquilamente en euskera, que él lo entendía todo y que la razón de que no lo hablara era que había nacido en un pueblo fronterizo con Burgos, es decir, en un pueblo castellanoparlante, desvasquizado a fuerza de hacer frente, durante siglos, a los embates del castellano, y que si los demás teníamos la suerte de hablar euskera

era gracias a ellos, que aguantaron en primera fila. Pero, según ella, lo entendía todo.

«Lo entiende todo, ¿verdad que sí?», le preguntaba a Benito, y éste, con voz profunda —la oíamos tan pocas veces que aún parecía más profunda—, «sí, entender», y sonreía, con una sonrisa tan amplia como su ancho rostro. Parecía el anuncio de Netol. No sé si todavía existe el Netol. Era un producto para limpiar metales, que se anunciaba con la imagen de un hombrecillo gordinflón como Benito: gordinflón, bajo y con la cabeza en forma de melón apaisado, como para poder acoger la extensa sonrisa; del tamaño correspondiente a un hombre de unos dos metros. Benito era calvo y, evidentemente, sigue siéndolo, pero no más calvo ahora que cuando lo conocí. Tiene una calvicie clásica, de esas rodeadas a ambos lados y por detrás, desde la mitad del cogote hacia abajo, por abundante pelo, tanto que la línea divisoria entre el pelo y la calva se define con absoluta precisión.

Los otros dos son muy parecidos, al menos antropomórficamente, y no tienen nada que ver con Benito. Los otros dos son Ino y Nicolás, altos, de rostro alargado y nariz grande, mayor la de Ino que la de Nicolás, de todas formas. Ino tiene un bonito pelo, no muy abundante pero rizado, canoso y peinado hacia atrás. Nicolás, en cambio, no sé cómo lo tiene, pues nunca le he visto enseñar la cabeza por debajo de la boina, ni siquiera la parte superior de la frente, que muchos de los que habitualmente usan boina suelen dejar al descubierto cuando la levantan por delante con una mano, lo justo para poder pasar la otra y quitarse el sudor.

Como ya he dicho, se sentaban en la mesa más grande, bajo la cabeza del toro cuyo nombre no consigo recordar —aunque

lo tengo en la punta de la lengua, pues lo he visto mil veces escrito en una pequeña placa, junto al del torero que lo mató—. Yo también solía sentarme con ellos y Flora se colocaba ante el piano, con un cigarrillo en los labios. Con la ceniza colgando, solía tocar alegres melodías de Errol Garner y también algunas melancólicas, como «Misty»: «*Look at me, I am as helpless as a kitten up a tree*».

Me gustaba Flora delante del piano, el vaso sobre la tapa y el cigarrillo entre los labios. Me gustaba cuando, con los ojos brillantes por la bebida, aceptaba las invitaciones de los clientes ocasionales que la tomaban por la pianista del local. Algunos días, si estaba muy borracha, a ratos, dejaba de tocar el piano y contaba algo para los extraños, casi siempre lo de su abuelo Lucio, pues aquélla era, a pesar de ser muy conocida, la historia más aplaudida: señalando la cabeza del toro decía: «Ese negro», mencionando su nombre, que creo que era *Bolero*, «Ese negro mató a mi abuelo Lucio», y cuando, por educación o porque realmente no conocía el chiste, el visitante de turno le preguntaba si su abuelo Lucio había sido torero, ella contestaba que no, que su abuelo Lucio era jugador de mus y que, una vez, estando en aquel rincón jugando a cartas, le cayó encima la cabeza del toro.

A Samuel no le gustaba. No exactamente la historia en sí, lo cual sería comprensible, pues no es muy divertida, como tampoco lo eran, por otra parte, las demás historias que contaba; lo que no le gustaba era verla allí, tocando el piano en medio del bar y hablando con los clientes, como si fuera una cabaretera, y solía decirme: «Es hora de que os vayáis a casa». No creo que me dijera así, directamente, «Tendrías que llevarla a casa»,

pero, evidentemente, eso es lo que quería dar a entender. Samuel también solía preguntarme cuándo íbamos a tener un hijo.

Ahora, puesto a pensarlo, me parece que tampoco a mí me gustaba ver a Flora rodeada de hombres, sentada ante el piano y algo bebida. A pesar de que, a saber por qué, sentir que ella era deseable para los demás también me resultaba excitante. Pero gustarme de verdad, cuando más me gustaba era cuando en la playa, estando los dos solos, la veía salir del mar, con relucientes perlas de agua sobre su piel color de arena, la flor de Ipanema. En cierta época nos bañábamos en cuanto se ponía a llover, en verano, en las tardes tormentosas. Cuando la gente, que parecía huir de un bombardeo, recogía precipitadamente las hamacas, toallas, bolsas y parasoles y abandonaba la playa, nosotros corríamos hacia el agua, desnudándonos por el camino sin pararnos casi, y nos bañábamos largo rato en la playa desierta. En cierta ocasión, un día en que, por efecto de una maravillosa tormenta, el cielo y el mar tenían el mismo color plateado, mojados por el agua, a cual más tibia, de la lluvia y el mar, al salir a la orilla tras el baño, allí estaba esperándonos, con una toalla grande en las manos, Samuel.

Aquellos fueron días felices. Pero, en algún momento, empezó a tocar en Hambre cosas cada vez más tristes, sobre todo los más lúgubres conciertos de Chopin y Brahms. En casa, en cambio, casi no tocaba nuestro Bechstein blanco. Era un buen piano y lo afinábamos todos los años, indefectiblemente. Como he dicho, en casa casi no lo utilizaba y, cuando lo hacía, interpretaba cosas clásicas, académicas y aburridas, como para ejercitar los dedos, sin emoción. Cuando tocaba en aquel piano nunca fumaba cigarrillos ni bebía alcohol. Yo, en ocasiones,

cuando me había tomado cuatro copas, le pedía que tocara, pero ella no me hacía caso y, tras mucho rogarle, cuando finalmente se decidía a tocar, se sentaba muy seria en la silla, rígida, y sin ningún miramiento rendía homenaje a Czerny, el asesino de la semifusa.

Para que la dejara en paz, por supuesto. Una vez me dijo que iba a vender el piano. Me lo hizo saber como si únicamente fuera suyo; sin pedir mi opinión, quiero decir. El piano, sin embargo, era de ambos. Lo compramos después de casarnos, con la idea de poder dar clases de piano o, más exactamente, esperando pagarlo con las clases que ella iba a dar, pues por aquel entonces yo no vendía muchos diccionarios enciclopédicos, pero al poco tiempo, aduciendo que se cansaba demasiado con el trabajo del conservatorio, dejó de dar clases particulares. El piano, por tanto, era de los dos, pues lo habíamos pagado con el dinero de ambos, pero ella dijo: «Voy a vender el piano».

No hace mucho que sucedió. Quizá unos cuatro o cinco años. Me dijo que se iba de vacaciones y le respondí que para eso no hacía falta vender el piano. A ver si quería acompañarla a algún lugar lejano. Yo nunca he tenido grandes deseos de viajar, no me divierte andar de un lado para otro, viendo en todos los sitios casi las mismas cosas, y aquí, al menos, sé qué bares tienen los retretes limpios. Así que se fue sola a Cancún y pasó allí una temporada que a mí se me hizo larga. Cuando volvió, apareció con un sombrero mejicano en la cabeza, la piel más morena y la sonrisa más blanca. Le dije bromeando que se le notaba en la sonrisa la alegría de haberse acostado con un descendiente de Moctezuma. Y ella siguió la broma, añadiendo: «Como a ti no te importa...».

Le contesté que no, que no me importaba, dejando que aflorara a mis labios una sonrisa seguramente estúpida, y que, por supuesto, las exigencias corporales eran muy respetables. Ahora, en cambio, después de todo lo que ha sucedido, ya sé por qué me lo tomaba a broma: porque ni siquiera se me pasaba por la cabeza que realmente pudiera tener ganas de una aventura. Estaba convencido de que la razón de aquella luminosa sonrisa era la alegría de verme y de ninguna manera el recuerdo de los atributos de un camarero moreno.

Fuera como fuese, la cuestión es que al volver de Cancún me explicó que el plan de ir a Hambre a comer huevos con chorizo no le apetecía. Comer huevos sí, siempre ha tenido buen saque, pero «no para pasar la noche con esa cuadrilla de viejos que siempre están contando las mismas historias de la guerra». Eso fue lo que dijo. Y, a decir verdad, no le faltaba razón.

Dirán lo que quieran, ya que la cuestión se ha idealizado mucho, pero en los oscuros rincones de los bares, de madrugada, no suelen escucharse demasiadas cosas interesantes. Y menos aún de las bocas desdentadas de viejos borrachines. He tenido ocasión de escuchar multitud de monólogos, largos como la propia noche, sobre la guerra en la mayoría de los casos, y si alguno mereciera un mínimo de atención no ocuparía ni cuatro folios. Y digo cuatro no en el sentido figurado de la expresión, como diría «cuatro gatos» o «cuatro pelos», sino literalmente cuatro: para contar la vida de cada uno de esos tipos que apoyan los codos en la barra de un bar, toda su tragedia, se necesitaría sólo el espacio de cuatro folios, menos de ochenta líneas, mil palabras.

Pero, por lo que sea, no he perdido totalmente ese gusto infantil por escuchar una y otra vez la misma historia. No sé por

qué, quizá porque no he madurado del todo, la cuestión es que, muchas veces, me gusta apreciar los detalles y matices de diferentes versiones de la misma historia; es decir, que prefiero la narración, la trama, a la propia fábula.

Flora no podía entenderlo, aunque yo intentaba explicárselo. En el fondo, creo que no quería entender, pues no es tan difícil comprender que, al narrar historias, sucede lo mismo que con la música. Si no supiéramos disfrutar de los diferentes matices de una misma partitura, nos bastaría con escuchar la Novena Sinfonía una única vez. Eso al menos tendría que haberlo entendido, siendo como era una profesional de la música, por decirlo de alguna manera. Le había oído decir muchas veces que una obra, cada vez que se escucha, se convierte, para alguien que sabe de música, en algo original y nuevo. Los profanos, en cambio, tienen que oír la misma música una y otra vez, hasta conocerla, para que llegue a gustarles. Así que, al menos en el ámbito de la música, todo el mundo, tanto expertos como legos, puede obtener algún beneficio de escuchar la misma música repetidas veces, y eso es lo que me suele ocurrir a mí cuando cuentan historias, no sé si porque soy un experto en escuchar o si, por el contrario, porque necesito conocer el argumento para poder gozar de los matices.

En vano le contaba esas cosas a Flora, pues no la convencía. Eso sí, hay que decir en su defensa que, la mayoría de las veces, escuchaba las historias que se contaban cuando todo el grupo estaba reunido en torno a la mesa, y es en esas ocasiones cuando se suelen recoger las versiones más pobres. Así es. Normalmente el narrador, y de manera especial en presencia de alguien que fue testigo de la situación que relata, siente la necesidad de

realizar un relato objetivo; podría decirse que renuncia a su papel de narrador, es decir, que desiste de aportar matices subjetivos e intenta asumir la función de historiador. Eso era lo que les sucedía a Samuel, a Nicolás y a Ino, y en menor medida a Claudia, y así empezaban a hablar de cotas y coordenadas, dibujando sobre la mesa con los tenedores las líneas de las trincheras y con los vasos los movimientos de las tropas, citando los nombres de los diputados y generales de la época.

A Claudia, mientras pudo hablar, no le sucedía tanto. Al parecer porque es mujer, y las mujeres tienen una forma especial de vivir las cosas y también una manera muy propia de contarlas. Claudia había conocido al general Mola y, según ella, estrenaba guantes de hilo blanco todas las mañanas. Lo conoció en Vitoria, cuando servía en casa de los Augusti, en el palacio convertido ahora en museo provincial y que, en aquella época, acondicionaron como Cuartel General. Yo la veía con cofia y un delantal blanco sobre el vestido negro, pues Claudia es de esas ancianas que puedes imaginarte de jóvenes, de esas que tienen aspecto de ser jóvenes caracterizadas de ancianas para actuar en el teatro: salvo el pelo blanco y algunas arrugas más, conservan la misma estructura y, sobre todo, la misma mirada de cuando eran jóvenes.

Junto con otras sirvientas, se acercaba a través de la galería del primer piso, arrastrándose por el suelo hasta la barandilla, para poder escuchar, allí escondidas, las conversaciones de los militares en el patio. Y así solían enterarse de cuándo iban a despegar los aviones, en dirección norte, cargados con las bombas que arrojarían sobre las trincheras, y ella pensaba: «Jesús, Jesús, hoy también van a sufrir nuestros muchachos», y lloraba,